

## CAPÍTULO III.

## FELIPE II

## § I. — Política de Felipe II.

“El gran designio de Felipe II, ayudado por los jesuitas, era el de poner la cristiandad bajo el cetro de un rey católico y el cayado de un solo pastor,” (1). Estas palabras de *d'Aubigné* expresan la convicción general de los contemporáneos. Los protestantes, enemigos naturales del rey de España, le juzgaban con la perspicacia que alguna vez suministra el odio. Colligny, el héroe de los protestantes franceses, político tan profundo como celoso hugonote, decía al embajador de Inglaterra días antes de la Saint-Barthélemy que la ambición de Felipe II, en opinión de los hombres más sabios, era la de hacerse monarca de la cristiandad, ó, por lo ménos, dominarla (2). Los reformados de los Países-Bajos lanzaron esa misma acusación contra su temible adversario; y para conciliarse las simpatías de la Francia y las de los demás príncipes, decían, y no sin razón, que los destinos del mundo se decidirían con el resultado de la lucha que sostenían por su libertad; que si Felipe II salía ven-

cedor, nada podría detenerle; daría pronto cuenta de la Francia y de Inglaterra, y que se haría monarca de toda la cristiandad, y acaso del mundo entero (1). Esas acusaciones hallaron eco en Francia entre todos los hombres que conservaban el sentimiento de la nacionalidad en medio de las pasiones religiosas desencadenadas por los furiosos de la liga. Oigamos á un nieto de l'Hospital: “La religión del Español consiste en engrandecerse, su celo en mandar á sus vecinos, su ardor en llegar á ser monarca... Felipe II dora su ambición con los más favorables pretextos, tratando de hacer creer á los hombres que no es su engrandecimiento ni los intereses temporales los que le arman contra la Francia, sino el celo por la causa de Dios y por la exaltación de su nombre. No le mueve más que una sed insaciable de reinar, un celo verdaderamente católico, el de hacerse rey universal,” (2).

(1) *Discurso sobre la correspondencia de Alemania*, exhibida á su alteza el duque de Anjou por el señor de Santa Aldegon-da (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, tomo VII, p. 494-496).

(2) *El Anti-Español*, por MIGUEL AYRAULT, nieto de l'Hospital (*Memorias de la Liga*, t. IV, p. 232).—*Discurso sobre la paz* (*Ib.*, t. IV, p. 618).

Felipe II, heredero de la ambición de su padre, los fué también de su poderío. Fué sin contradicción el soberano más poderoso que hasta entonces había reinado en la cristiandad. Era rey de Castilla, de Aragón y de Navarra, reinos por la primera vez unidos por Carlos V en una gran monarquía. Como duque de Milán, rey de Nápoles y de Sicilia, estrechaba, por decirlo así, la Italia con terribles ligaduras. Como duque de Bolonia, era dueño de las provincias más populosas y más ricas de la Europa. El Rosellon y el Franco-Condado, el Artois y la Flándes francesa le permitían poner un pié en Francia. Casado con la reina de Inglaterra, disponía de las fuerzas de la Gran Bretaña por la influencia absoluta que ejercía en la fanática María Tudor. En África poseía el Cabo Verde, las provincias de Túnez y de Orán, las Canarias y otras islas importantes. En América, el Perú, Tierra-Firme, Nueva Granada, Chile y los inmensos territorios regados por el Paraguay y el río de la Plata; ocupaba las islas más ricas y las estaciones más importantes del grande Océano, las Filipinas, Santa Elena, Cuba, Santo Domingo, la Martinica, la Guadalupe, la Jamaica. Las posesiones de las Indias formaban realmente un mundo: Méjico sólo era cinco veces más grande que España. Felipe II decía con orgullo que el sol no se ponía nunca en sus Estados, y los Españoles, tan orgullosos como su rey, se vanagloriaban de que temblaba la tierra cuando se movía España (1).

Si alguna vez pudo ser legítimo el orgullo nacional que desprecia y humilla al resto de la humanidad, lo habría sido el orgullo de la raza española en el siglo XVI; en el día está reconcentrada en su península y casi ignorada del mundo. En tiempo de Felipe II llenaba con su nombre la Europa y la América: aventureros de gran genio conquistaban para ella reinos en el nuevo mundo, y el antiguo se sometía á sus tercios victoriosos. La fortuna favoreció á Felipe II más que había favorecido á su padre; le dió en Alejandro Farnesio el más grande capitán del siglo para conducir á la victoria tropas aguerridas por las continuas campañas de Carlos V; la fortuna le desembarazó también, al principio de su reinado, de los poderosos rivales que habían tenido en jaque al emperador,

(1) «Cuando se mueve España, tiembla la tierra.» WEISS, *España desde el reinado de Felipe II*, Introducción.

Francisco I y Enrique VIII, los cuales habían bajado al sepulcro, adonde debía seguirles muy pronto Soliman. La Francia, desquiciada por las pasiones religiosas y por la minoría de sus reyes, se presentaba como una presa fácil á la ambición de un conquistador. La Inglaterra, al principio ligada á los destinos de España por su restauración al catolicismo, en tiempo de Isabel se sustrajo á la influencia española; pero la debilitaba la lucha de las facciones religiosas; tenía un enemigo en su seno, el catolicismo, y ese enemigo era el aliado del rey de España. La Alemania estaba profundamente dividida por el protestantismo; amenazaba la reacción, y todos los católicos veían en Felipe II el defensor de la fe; la rama alemana de la Casa de Austria y la rama española estaban unidas, merced al catolicismo, por un vínculo más fuerte que el de la sangre; la Italia no existía ya; sus repúblicas se hallaban en decadencia, y el papado sufría la dominación de sus defensores. La Turquía entraba en el período de su descomposición; á sus príncipes guerreros había reemplazado un Selim, “gran borracho que no pensaba más que en beber,” y á éste un Amurates, “semi-idiotá,” (1). Por último, la fortuna reservó aún otro favor al hijo de Carlos V facilitándole el trono de Portugal, lo cual completaba por primera vez la unidad de la Península.

Hé aquí los elementos de poder que dan explicación á los temores de los contemporáneos; una grande ambición, unida al genio militar, pudiera haber realizado, por algunas generaciones á lo ménos, el sueño de una monarquía universal. No le faltó la ambición á Felipe II, y su padre, antes de retirarse á la soledad de un monasterio, le dejó entrever la posibilidad de una extensa dominación en el Occidente y le preparó el camino. Al casar á su hijo con María Tutor, reveló Carlos V proyectos y esperanzas que prueban cuán propia era de la Casa de Austria la aspiración á la monarquía. El acta de exponsales estipulaba que, á falta de herederos de Carlos V, los descendientes de María heredarían los Estados de España y de Inglaterra. Y no se limitaban á eso sus proyectos; escribía á su embajador que aquella unión sería el verdadero medio de contener á los franceses, y que tal vez los re-

(1) Son expresiones de un contemporáneo, MIGUEL AYRAULT, nieto de l'Hospital (*Memorias de la Liga*, t. III, p. 36).

yes de Inglaterra recobrarían la Guiena, ya que no el reino de Francia (1). No sin razón alarmó ese matrimonio á todos los hombres de alguna previsión política: "Todo lo que ha hecho el emperador, dice un señor inglés, y todo lo que proyecta hacer en adelante, no lleva otro fin que el de aumentar su casa y hacerse monarca." (2) La muerte de María no desalentó al rey de España, el cual ofreció su mano á Isabel; y á la repulsa de ésta contestó por medio de conspiraciones para arrebatarla el trono, y por último, declarándola la guerra. Cier to es que fracasó en su empresa gigantesca; pero consiguió reunir el Portugal á la España más por la fuerza de las armas que por la justicia de su causa. Felipe fomentó durante treinta años las discordias religiosas en Francia, y alimentó la ambición de los Guisas, contando con suplantarse después de la victoria. La extinción de los Valois fué uno de esos golpes de fortuna que tan frecuentemente favorecieron á la Casa de Austria. Felipe se presentó en los estados generales como candidato al trono, y en segundo lugar propuso á su hija como legítima heredera de los Valois. ¿Punto estuvo de triunfar; y ¿qué le hubiera faltado entonces para ser el monarca de toda la cristiandad? Carlos V había tratado de colocar sobre su cabeza la corona imperial, y Felipe reanudó el proyecto; fué pródigo de promesas para ganarse á los príncipes alemanes; lisonjeó su amor á la independencia, diciendo que les entregaría el gobierno sin reservar para sí más que el título y la dignidad, y hasta aduló sus pasiones religiosas, comprometiéndose á reunir los Países-Bajos al imperio y á observar en todas partes el tratado de Augsburgo (3). La ambición del rey de España era realmente universal; llevó sus miras hasta el Norte; pensó en desmembrar la Dinamarca para hacerse dueño del Estrecho del Sund, de la Zelandia y de la Islandia, y llegó á creer que había realizado el proyecto, pues que nosotros hemos visto medallas troqueladas con la efigie de Felipe II, en cuyo reverso se veía el carro del sol tirado por caballos alados, y sobre él una

(1) GRANVELA, *Documentos de Estado*, t. IV, p. 113.

(2) Embajadas de NOAILLES, t. II, p. 185: *Discurso de un señor inglés*, publicado en Londres con motivo de las proposiciones concernientes al matrimonio de la reina de Inglaterra y el príncipe de España, hijo del emperador.

(3) Carta de Schomberg (1573) al duque de Anjou (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, t. IV, Apéndice, página 30).

corona real con esta inscripción: "Ilumino al mundo entero." (1).

La ambición de Felipe se enlazaba estrechamente con la del catolicismo; y aún cuando no se ciñera la corona imperial, era el verdadero patrono de la Iglesia, y su ortodoxia servía admirablemente á su ambición. En 1583, un abogado general del parlamento de París decía: "Que el papa y el rey de España se daban la mano y se prestaban mutuo apoyo, el uno por la monarquía espiritual y el otro por la temporal." (2). Hasta tal punto se identificaban los intereses del catolicismo y los de Felipe II, que es difícil descubrir si el rey de España peleaba por extender su dominación ó por restablecer la fe católica romana. Si hemos de darle crédito, era el campeón de la ortodoxia; y si conspiraba contra el trono y la vida de Isabel, era por salvar la religión; también era por destruir la herejía por lo que costaba los gastos de la liga y hacía la guerra á Enrique IV. Todo, hasta la conquista de Portugal, trataba de legitimarlo por el interés de la fe. Verdad es que en Lisboa no había calvinistas; pero el rey católico declaró en sus proclamas que una vez dueño de la Península le sería fácil extender el Evangelio por el África y por las Indias, y acaso destruir el imperio del islam (3). La fama de defensor del catolicismo dió una fuerza inmensa á Felipe, dado que en un siglo desgarado por pasiones religiosas, el vínculo de la religión tenía más fuerza que el de la patria. De ahí el que, como verdadero jefe de la cristiandad ortodoxa, fuera Felipe II el monarca del mundo católico.

¿Pero era la fe un instrumento para Felipe II ó un fin? Entre sus contemporáneos, los que no participaban de su fanatismo le han censurado amargamente su hipocresía. Hablando del rey de España dice Fr. Pithou: "Su ambición es cosa detestable á Dios, que quiere que los hombres se contenten con la suerte que les depara en la tierra; pero los pretextos que se buscan en el puro servicio de Dios para otros objetos son todavía más punibles y clamaban venganza ante su divina faz." (4). Nosotros no nos atreveríamos á suscribir

(1) Despacho del cónsul de Francia en Dantzich, dirigido á Richelieu (WEISS, *España desde el reinado de Felipe II*, parte 1.ª, capítulo 1).

(2) LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. VII, p. 258.

(3) DE THOU, *Historia universal*, lib. LXIX.

(4) *Memorias de la Liga*, t. V, p. 683.

esa acusación; la ambición y el fanatismo se unían tan perfectamente en Felipe, que es imposible separarlos; sólo ponemos una restricción á toda especie de apología: es la de que, por lo general, la ambición dominaba al fanático. Usurpando á Portugal, pretendía el rey de España obrar en interés de la fe; pero aquí que el papa toma partido por el derecho contra la violencia y envía legados y más legados á Felipe para detenerle en su empresa, ¿obedece el rey católico al vicario de Cristo? No; le respondió que su derecho era manifiesto y que no quería que el Santo Padre se tomase la molestia de mezclarse en aquel asunto (1). También protestó Felipe II que al mezclarse en los asuntos de Francia no le movía más interés que el del catolicismo, que la religión estaba perdida si un príncipe hereje ocupaba el trono. Pero hé aquí que Enrique de Navarra se convierte.—No basta eso, responde el celoso defensor de la ortodoxia; es necesario la absolución del papa.—La santa sede otorga la absolución contra las insinuaciones españolas; ¿y qué hace entonces Felipe II? ¿Estalla en invectivas y amenazas contra el Santo Padre? No; el fanatismo no cegaba al hijo de Carlos V cuando estaban de por medio sus intereses políticos; tenía la fuerza que daba el celo religioso en un siglo en que dominaban las pasiones religiosas; pero no tenía la debilidad que produce el fanatismo cuando lo sacrifica todo á su locura.

La ambición de Felipe II estaba en apariencia á la altura de su poder; ¿qué le faltó, entonces, para alcanzar el fin constante de la Casa de Austria, la monarquía universal? Las apariencias engañaron á los contemporáneos, y todavía engañan á los historiadores modernos. La verdad es que Felipe II no tenía ni el poder que se le suponía, ni el genio que se necesita para aspirar al imperio del mundo. Se le han hecho duros cargos por no haberse aprovechado de sus victorias contra Enrique II, marchando sobre París. "Los españoles, dice un testigo de la victoria de San Quintín, podían haber consumado la derrota total de las fuerzas de Francia, y quitarnos todo recurso y toda esperanza de rehacernos... Pero parece que el supremo dominador, el Dios de las victorias, le detuvo con su mano." (2). Esa era la opinión general;

(1) DE THOU, *Historia universal*, lib. LXIX.—D'AUBIGNÉ, *Historia*, t. II, p. 463.

(2) *Comentarios de FRANCISCO DE RABUTIN*, véase á PETITOT, tomo XXXII, p. 60.

según el mariscal de Montluc, la Francia fué preservada "más bien por la voluntad de Dios que por otra cosa; Dios quitó, por milagro, el entendimiento al rey de España, para que no continuase su victoria derecho á París." (1). El mismo Carlos V, en su soledad de Yuste, se dice que se incomodó contra su hijo, creyendo que debía estar ya en París, mientras que el vencedor de San Quintín permanecía en la inacción (2).

Sin embargo, el emperador debía saber por qué retrocedía Felipe ante una guerra de invasión; ya en 1548 le había aconsejado que mantuviese la paz, á causa de la extenuación en que se hallaban sus Estados hereditarios por efecto de las guerras incesantes en que se había él mismo empeñado (3). En los momentos mismos en que Felipe II hubiera debido hacer la conquista de Francia, decía uno de sus ministros al embajador de Venecia, Soriano, "estaba el rey sin soldados, sin dinero y sin crédito." (4). El rey de España, en su correspondencia con su padre, se quejaba de su falta de recursos, diciéndole que le faltaban hasta para las atenciones más necesarias; el dueño del Perú no tenía con qué pagar á sus ministros de justicia (5); era vencedor, y se encontraba en tales angustias, que tuvo necesidad de hacer al embajador de Venecia la humillante confesión de que quería la paz á toda costa, y que si Enrique II no la hubiese pedido, él mismo habría tomado la iniciativa (6). Aún cuando hubiese deseado continuar la guerra no hubiera podido hacerlo, á menos de saquear las poblaciones, que, por desesperación, entonces se hubieran sublevado contra él (7). Felipe II recibió á su advenimiento reinos arruinados por la guerra, cuya desolación aumentó su largo reinado. Aquel príncipe cuyo poder temían sus contemporáneos se vió obligado muchas veces á hacer una vergonzosa bancarota.

Pero aún cuando hubiera tenido tesoros inagotables, no era hombre capaz de aprovecharse de ellos para conquistar el imperio del mundo. Un

(1) MONTLUC, *Memorias* (PETITOT, t. XXI, p. 408).

(2) Carta de Quijada á Vázquez, véase á MIGNET, *Carlos V*, página 279.

(3) *Instrucciones de Carlos V á su hijo* (GRANVELA, *Documentos de Estado*, t. III, p. 271).

(4) *Relazione di SORIANO*, en ALBERI, I, 3, p. 376.

(5) GACHARD, *Abdicacion y muerte de Carlos V*, t. II, p. 429.

(6) SORIANO, en ALBERI, I, 3, p. 383.

(7) «Le forze del re potevano poco più durare alla guerra, senza manifesta sollevazione de popoli» (MARC ANTONIO DE MULA, en ALBERI, I, 3, p. 401).

historiador moderno le trata de "oficinista y de burócrata", (1). Verdad es que Felipe II tenía las trazas y la aptitud de un comisionista más bien que las de un conquistador. "No hay en el mundo, dice Granvela, secretario que maneje tantos papeles como el rey", (2). Todos los asuntos pasaban por sus manos; quería verlo todo, ó, mejor dicho, leerlo todo; y como si no le bastara poner dos mil firmas diarias, ponía notas marginales y escribía volantes sin número á sus ministros: Pérez conservaba dos cajas llenas de ellos (3). Gobernaba al mundo por escrito, como un inquisidor en medio de sus legajos. Y no se conquista la monarquía con la pluma en la mano; se necesita exponer la vida, como los Alejandro y los César. Por declaración unánime de los embajadores venecianos, Felipe II era inclinado al reposo y á la paz, aún en aquella edad en que la mayor parte de los hombres aman la gloria de las armas. Si hubiese tenido el genio emprendedor de su padre, dicen aquéllos, hubiera llegado á ser peligroso; pero más bien trataba de conservar sus estados por la paz que de extenderlos por la guerra (4). Y no es que el rey de España estuviese desprovisto de ambición: sus empresas de Portugal, de Francia y de Inglaterra prueban que era fiel á la divisa de su familia: *plus ultra*; pero le hacía falta el genio militar. Su poder, aún cuando no era tan grande como se ha creído, hubiera podido ser formidable para Europa si hubiese sabido utilizarle; pero, como observó ya un contemporáneo, no supo sacar partido de la fortuna. Tan luego como encontró adversarios del temple de Enrique VI y de Isabel de Inglaterra se le acabó la fortuna (5), y, en definitiva, fracasó en todas sus empresas.

Para explicar los desastres de Felipe II se dice que abrazó demasiadas cosas á la vez y que su ambición no llegó á la meta, porque quería lo imposible. Hay algo de verdad en eso: desparramó sus

(1) MICHELET, *Historia de Francia*, t. X, p. 243.

(2) GRANVELA, *Documentos de Estado*, t. VIII, p. 55.

(3) CONTARINI y GRADENIGO, véase RANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 147 y siguientes.

(4) SORIANO, *Relazione*, 1559.—GIOVANNI MICHELI (ALBERI), t. I, p. 373; I, 2, 337.—GACHARD, *Relaciones de los embajadores venecianos*, p. 124.

(5) *Del Estado de Francia*, por MICHEL HUREAU, nieto de l'Hospital (*Memorias de la Liga*, t. III, p. 37: «Ha tenido suerte en todas partes, porque en ninguna ha encontrado hasta hoy quien le detuviera el carro de la fortuna. Pero á estas fechas (1568), que tiene enemigos dignos de su poder, veremos lo que alcanza en Inglaterra con todo ese grande apresto; veremos si conserva su fama de afortunado.»

fuerzas por Francia, por los Países-Bajos y por Inglaterra, cuando hubiera debido concentrarlas en un punto, y resultó de ello que, en vez de conquistar las coronas de Francia y de Inglaterra, perdió la mitad de los Países-Bajos. Pero al censurar al rey de España por haber diseminado sus fuerzas en toda la cristiandad, no se reflexiona que tal fué la necesidad de su posición: defensor de la fe católica, se vió obligado á intervenir donde quiera que había lucha entre el catolicismo y la Reforma; y por lo mismo que era el órgano de una Iglesia que quería conquistar la dominación universal, era también universal su ambición. De esta manera, el catolicismo, que constituía la fuerza de Felipe II, vino á ser la causa de su debilidad; su grandeza estaba ligada á la reacción católica; si ésta hubiese salido victoriosa, el rey de España hubiera llegado á ser el rey de la cristiandad y se hubiese realizado el ideal de la Edad Media: un Dios, un papa, un rey. Pero como la reacción católica no podía triunfar del protestantismo, Felipe II estaba condenado á sucumbir. Hay más; la obstinación fanática que puso en defender la religión del pasado arrastró tras de sí la decadencia de España. La libertad intelectual, la libertad civil y política son una condición de vida; todo el que quiere detener el movimiento progresivo de la sociedad ó hacerla retroceder con violencia á lo pasado la mata, en cuanto es dado al hombre destruir la obra de Dios.

Cerrando Felipe III la España á las ideas nuevas que regeneraban á la Europa, la privó de aire vital, y sembró en ella las semillas de ese engurdimiento secular que tanto trabajo le cuesta sacudir á la nación española. Su decadencia, sin embargo, no se reveló al pronto, y Felipe II fué hasta su muerte el jefe de los católicos en toda Europa, pudiéndose decir que en ese sentido fué monarca universal. Pero por lo mismo que los corazones de todos los católicos se dirigían hácia el rey de España, los Estados afectos á la libertad religiosa y los que anhelaban su independencia debían sublevarse contra una dominación que les amenazaba; de ahí la rivalidad constante de la Francia y de la Inglaterra.

## § II.—Rivalidad entre Francia y España.

### N.º 1.—Disputas sobre el primer puesto.

En 1552, el rey Fernando de Austria, despedido porque los protestantes habían obligado al

emperador á firmar la convención de Passau, escribió á su hermano que debía vengarse en el rey de Francia y castigarle como autor del mal. Carlos V le respondió que, en efecto, la Francia era la causa de todas las turbulencias de la Alemania; pero que Fernando se engañaba grandemente si creía que era fácil castigar á Enrique II; que, por su parte, no se hacía ilusión y consideraba la cosa poco menos que imposible (1). El embajador de Venecia, Miguel Soriano, hizo algunos años después el balance de las dos potencias, y encontró que se equilibraban perfectamente. "El rey de España, dice, tiene muchos reinos, pero están separados y desunidos. El rey de Francia no tiene más que un solo reino, pero unido y sumiso. Los súbditos del rey de España son más ricos; los del rey de Francia más dispuestos á servir á su rey. En cuanto á sus ejércitos, no hay gran diferencia, porque si la España tiene una marina más considerable, la Francia compensa esa desventaja con la alianza turca", (2).

La España tenía á su favor la apariencia de una dominación universal; el orgullo de la raza española se exaltó hasta el punto de despreciar á las demás naciones; la gloria de sus altos hechos llenaba los dos mundos; su lengua, sus usos y costumbres invadían la cristiandad y no había límite á sus ambiciosas pretensiones (3). También los Franceses tenían su vanidad nacional; se creían la primera nación del mundo (4); trataban á los Españoles de advenedizos, y á su ortodoxia reciente oponían los servicios prestados durante tantos siglos por los reyes cristianísimos á la religión y á la Iglesia. Oigamos al embajador de Francia en Constantinopla, que escribe á su colega en Venecia y le dice: "No hay nadie en el día, por poco talento que tenga, que no confiese que los embajadores del rey de Francia son preferidos en todas partes á los de los demás príncipes." Y atribuye esa preeminencia, "tanto á la grandeza y antigüedad de tan noble corona, como al haber sido llevada por ella nuestra santa fe á la mayor parte del Asia, del África y de toda Europa." El diplomá-

tico francés trata á los Españoles de Judíos y de Moros á quienes las armas de los reyes de Francia habían obligado á bautizarse; "y en vez de mostrarse humildes y agradecidos, se mostraban sumamente ingratos", (1).

Los embajadores comenzaban á representar un papel en el siglo XVI: sus disputas sobre preeminencia nos parecen hoy mezquinas y casi ridículas; pero hay que despreciar la forma y penetrar en el fondo de las cosas para apreciarlas bien. Nacían entonces las naciones, y sus primeras entrevistas fueron hostiles; en aquella ardiente lucha era preciso sostener su puesto y su dignidad, lo cual formaba una cuestión de honor nacional tan viva y tan importante como la del punto de honor individual. Y, en efecto, la posición de los embajadores marcaba entonces la consideración de que gozaban los príncipes en la república cristiana. España y Francia pretendían á la vez el primer lugar después del emperador, que, como jefe temporal de la cristiandad, tenía preeminencia honorífica sobre los reyes; y en todas partes donde se encontraban sus embajadores estallaba la rivalidad de las dos naciones (2). En 1558, el enviado de Felipe II en Venecia reclamó la antelación al enviado de Francia, y no desdenó recurrir á la astucia para triunfar de sus rivales, que se hallaban en posesión. Presentóse Vargas en calidad de embajador de Carlos V, emperador; se le respondió que Carlos V había abdicado; y entonces el activo español sostuvo que la preeminencia correspondía á Felipe II. El embajador francés resistió á tan inauditas exigencias, probando que su señor estaba en posesión inmemorial é invocando la grandeza y la dignidad del rey cristianísimo, y llegó á decir que abandonaría á Venecia si no se hacía justicia á sus pretensiones. El senado falló en favor del rey cristianísimo (3).

Pero la vanidad de los Franceses aún no quedaba satisfecha; les molestaba el haber tenido que someterse á la decisión de una república de mercaderes: "No es á ellos á quienes toca, dice de la

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con Levante*, t. II, página 477, nota.

(2) Carta de Francisco II á su embajador en Viena, 1560 (*Negociaciones durante el reinado de Francisco II*, p. 504): «Parece que los Españoles han resuelto contender por la preeminencia en todas partes, de un extremo á otro de la cristiandad.» Y, en efecto, se cuestionó la preeminencia en Roma, en Venecia, en el concilio de Trento y en Suiza (FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. II, p. 66-69).

(3) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 730-742.